

Colegio Novecentista

CUADERNO I

Buenos Aires

Julio 1917

Manifiesto del Colegio Novecentista

Renacimiento se llamó hace cinco siglos a honda reacción de los espíritus contra especiales normas de pensar establecidas. Cristianismo se había llamado anteriormente a igual rebeldía en un plano moral. Fué luego Romanticismo; Positivismo, después. Hoy es Novecentismo. Como Positivismo, como Romanticismo, y todavía mejor, como Renacimiento, Novecentismo quiere ser suerte de nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy — nuevos y del Novecientos — a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente.

No es el del Novecentismo simple gesto de negación. Del Positivismo nacidos y en él criados, los hombres de este siglo advierten que no podrían borrar de su tradición cultural, sin descalabro, la huella impresa en ella por la ideología que fué característica de la época precedente. Cualquiera que sea su juicio sobre el Positivismo es ante todo reconocimiento de un fenómeno dado, irremediable, en el desarrollo de la cultura. Afectos, sin embargo, a nuevas maneras de pensamiento y con nuevos ma-

tices de sensibilidad, reputan insuficiente la explicación positivista y aspiran a columbrar horizonte mental más amplio que sea a un tiempo mismo crítica y superación.

Orientados en esas nuevas corrientes de ideas, varios jóvenes curiosos de los problemas de la cultura deciden constituir en Buenos Aires un Colegio Novecentista. Ya de su orientación misma se colige que asumen en primer lugar actitud de prevención ante las predicaciones de hombres que vivieron en el siglo XIX y de otros que aun siéndoles coetáneos se sitúan por sus ideas en la misma centuria. Aspiran, en lo posible, a adoptar en las cuestiones intelectuales que les preocupan, un punto de vista personal. Que no sea desconocimiento ni olvido de lo que aprendieron, porque sería volver al Romanticismo, pero sí decisión de sopesar, de contar, de medir, siempre más amigos de la exposición que del ditirambo.

Y puesto que son de aquí, quieren observar a través de un prisma nuevo múltiples realidades de la cultura de su patria, que se les viene dando por verdaderas, desde hace años. En la cátedra, en el libro, en la hoja diaria, conocieron sanciones dadas, exaltaciones rotundas, negaciones absolutas; pero en general rara vez juicios de hombres de quienes todo lo esperaban, convalidaron con las conclusiones a que ellos en sus estudios habían llegado. Vieron

también que la falta de policía literaria había permitido formación de personalidades, cuando no ignorantes, sin probidad. Y que en el pensamiento ambiente se palpaba algo así como una conceptuosidad falsa, caprichosa. Y que ese mismo ambiente bien poco sabía de las disciplinas filosóficas.

Tales y otras parecidas circunstancias les llevan hoy a manifestar franco desacuerdo con el medio intelectual en que viven. El Colegio Novecentista que ellos forman será, pues, como expresión de las inquietudes de unos pocos jóvenes de aquí dispuestos a emprender obra de revisión. Ni valoraciones hechas ni apelativos corrientes en los mercados literarios pueden aceptar. Y, sobre todo, inclinados a dar al estudio y al esfuerzo personal más alto valor que al ingenio romántico, harán obra de aporte y de verdadera honestidad.

Buenos Aires, 23 de junio de 1917.

NUESTRA PRIMERA CONFERENCIA

En la tarde del día 21 de este mes se realizó en el salón de actos públicos de la Escuela Presidente Roca la primera conferencia organizada por el COLEGIO NOVECENTISTA. Un público no muy numeroso, pero escogido, concurrió a esta conferencia y premió con su aplauso entusiasta a los oradores. El colegio recoge ese aplauso, sincero, sin duda, como un precioso estímulo a la prosecución de la obra humilde, pero honestísima, que se ha propuesto realizar.

El doctor Julio Noé, como Encargado de Negocios del colegio, abrió el acto con las siguientes palabras:

Esta tarde, señores, por la palabra juvenil y entusiasta de José Gabriel, conoceréis las razones que han determinado a un grupo de estudiosos a fundar el COLEGIO NOVECENTISTA.

Nacido éste de una común inquietud y de una misma curiosidad, su obra ha de tener — necesariamente — una orientación clara. Quieren los miembros que lo componen realizar una labor paciente y severa, y de este modo rever todo cuanto nos ha legado el siglo pasado, cuyas conclusiones — por

fortuna o por desgracia : eso habrá de saberse — hasta hoy mantienen buena parte del pensar argentino. Además, quieren ponerse en armonía con las corrientes ideológicas de nuestro siglo y ser, del modo mejor, hombres de su tiempo.

Con gesto de sana humildad, cuantos a este grupo se han unido confiesan tácitamente su ignorancia de muchas cosas del mundo, y por esto, en serios cursos de severa investigación, han de dar contornos a su pensamiento naciente.

El tiempo ha de decir si este COLEGIO NOVECEN-
TISTA tiene razón de ser. Entre tanto, nadie — creo yo — que vea la urgente necesidad de intensificar los estudios, sonreirá de la noble fe de cuantos, en una u otra forma, se esfuerzan por dar mayor densidad a nuestro ambiente intelectual.

Mas, esta tarde, señores, os habéis congregado para escuchar a José Gabriel.

En seguida nuestro compañero del colegio, José Gabriel, leyó el siguiente discurso.

DISCURSO SOBRE EL COLEGIO NOVECENTISTA

I

Por más joven, acaso, y no por más digno, han querido mis compañeros del COLEGIO NOVECENTISTA que sea yo quien os hable en esta primera reunión. Y que os hable en manera general de nuestros pensamientos, de nuestros afanes, de nuestras inquietudes de juventud.

Desde luego, yo habría preferido, por vosotros y por mí, escuchar a cualquiera de ellos, que son todos de más clara inteligencia y mayor saber. Y si había de hablar me habría gustado también referirme directamente a alguna cuestión particular de tantas como nos suscitan a diario el frecuentamiento de los libros, la meditación, el simple observar maneras de hombres y cosas. No es tema de mis preferencias tratar de generalidades.

No obstante, habiendo aceptado ser iniciador de estas reuniones de nuestro colegio, comprendí que debía allanarme igualmente a discurrir sobre el colegio mismo, sobre diversas cuestiones que nos preocupan a todos y que constituyen, por así de-

cirlo, los fundamentos o considerandos de nuestra congregación. Después de todo, ello ha de ser quizá tema bien concreto y particular.

II

Pero hagamos, ante todo, breves reflexiones acerca de la actitud que implica el solo hecho de que hoy y aquí unos cuantos jóvenes compongan centro intelectual.

Todos vosotros conocéis de cerca a nuestra juventud ciudadana. Es frívola o es reflexiva, es risueña o grave, estudia o no quiere estudiar, es alocada o juiciosa; es, en fin, lo que vosotros queráis. Pero es irónica.

Con efecto: a poco que hayáis observado el comportamiento de nuestros jóvenes, en sociedad, habréis notado que es condición característica suya un gran apego a la ironía. A lo mejor son tres — dos todavía pueden hablar en serio — los que están reunidos. Y son tres jóvenes de estos que decís intelectuales, tres escritores, de cuya inclinación por las letras no se puede dudar, porque han dado prueba. ¿Pensáis que hablarán seriamente de sus pensamientos? Nada de eso. Ayer dijeron — y muy francamente, — en escrito que divulgaron las prensas, sus opiniones sobre cualquier cosa, o publicaron versos salidos de su misma entraña; pero hoy es necesario que finjan indiferencia. Como de pecado

huyen de la sinceridad, y acuden a la chanza y se violentan, muchas veces, y por ser irónicos o, como se dice, «chistosos», hasta suelen ser crueles.

Y todo ¿por qué? Porque ellos, nuestros jóvenes, tienen mucho miedo a la ingenuidad. He aquí su obsesión constante: la ingenuidad. Por temor a caer en lo ingenuo aparentan frecuentemente lo que no son; parecen superficiales, parecen malos, parecen irreverentes, parecen hipócritas. Quien no los conociera de verdad diría que son jóvenes sin juventud, que están perdidos para toda obra importante, porque les falta entusiasmo y penetración.

Y, a la verdad, que yo que sé que no son así, yo que les conozco un fondo grande de sabiduría y de bondad, pagaría a buen precio el poder observar a cualquiera de ellos a solas. En su cuarto de estudio, por la noche, después de haber pasado todo un día esquivando la propia verdad; cuando ya ni las gentes de la calle, ni los amigos con quienes se ha mentido, ni las muchachas que pasan y provocan, nos pueden distraer. Cuando el alma, sin traba de convención se nos presenta de lleno y nos obliga a meditar sobre lo que en el día hicimos. ¿Rehuirá entonces el joven irónico su auto de fe? Creedlo, debe ser un momento gracioso.

Conviene, sin embargo, que demos su justo valor a este miedo a caer en lo ingenuo, de que hablo. En principio es, indudablemente, una virtud. To-

dos aseptamos el pudor físico como condición indispensable para vivir en sociedad, es decir, como muestra de educación. El pensamiento — sin que esto sea establecer paralelo de ninguna suerte — también debe tener su pudor. Y con mayor razón, porque el cuerpo, al fin y al cabo, ya sabemos hasta dónde alcanza; pero el pensamiento es tan atrevido, que si nosotros mismos no le pusiéramos coto se volvería ridiculez, amén de grosero.

Está bien, pues, que haya una base de retrainimiento espiritual, y hasta que se tome la ironía como disfraz del propio pensamiento. Pero, ¡cuidado!, que venimos confundiendo ridículo con ingenuidad. ¡Quién dijo a nuestros jóvenes ciudadanos que ser ingenuo era necesariamente ser ridículo? Cierto, ingenuidad y ridiculez suelen ser paralelamente sinceridad; pero la ridiculez es la sinceridad de espíritus toscos, mientras la ingenuidad es la franqueza de un alma, aunque cándida todavía, ya comprensiva. No es lo mismo mujer cursi y mujer ingenua.

Que sepamos, por lo tanto, que se puede ser ingenuo sin mover a risa. Con otras palabras: que se puede decir que la vida nos parece cosa seria, sin que de ello tengamos que avergonzarnos. Y nosotros, los que estudiamos: que hemos creído que el estudio y la meditación no solamente eran broma, sin que el confesarla pueda dar que reír.

Ahí tenéis nombrada por su nombre la actitud

de unos pocos jóvenes que hoy forman el COLEGIO NOVECENTISTA. Se llama, ingenuidad.

III

Y ahora vosotros os preguntáis, pero ¿qué motivos de importancia han tenido esos jóvenes para congregarse? Porque para ser sinceros solamente, para decir que han tomado en serio su inclinación al estudio, no hacía falta componer centro.

Apresurémonos, pues, a declarar, que todos nosotros hemos pensado, y mejor que pensado, sentido, que vivíamos en ambiente intelectual bien pobre y bien atrasado, y cuyas características no podíamos seguir aceptando como las mejores, y que para decir esto y hacer obra que fuera al mismo tiempo expresión de rebeldía a lo establecido, y nueva construcción, convinimos en focalizar nuestra labor.

Hace ahora ochenta años, Buenos Aires vió a una porción de jóvenes estudiosos — sinceros y entusiastas también — rebelarse contra lo que entonces era característica del medio espiritual de aquí. Unidos por un común deseo de renovación, fundaron aquel «Salón Literario» que conocéis y que tan buenos frutos dió a la cultura del país. Estaban allí Sastre, Gutiérrez, Alberdi, Mármol, Frías, Tejedor, Cané y algunos otros escritores de los que hoy agrupamos en la generación del 1837.

Usos y gobernadores ya, felizmente, desaparecidos, hicieron del gesto de aquella juventud un gesto de verdadera valentía. Ya sabéis cómo terminó el «Salón Literario»; con la dispersión de sus miembros, que por evitar la prisión y acaso la muerte, hubieron de emigrar a países vecinos. Hoy, ni nuestra actitud ni la de nadie que quiera ser sincero, puede calificarse de valiente. De mí os diré que no comprendo para estas fechas la valentía o el coraje de pensamiento. ¿Qué se quiere expresar cuando se dice que un escritor es valiente? No lo sé. Por lo común, me inclino a creer que se advierte, sin quererlo, que es mediocre. Más me parece hoy cualidad de ignorantes que de sabios, la valentía intelectual. Y la explicación es esta: que yo no veo por ningún lado la tutela del espíritu.

Quiero dar a entender con esto que digo, que no por ingenuos vamos a caer en la tontería de inventar opresiones que no sentimos. El gesto airado del revolucionario, en nosotros ya no sería ingenuidad, puesto que no sería franqueza, sino alucinación. Un don Quijote, si queréis, para los molinos de viento, pero al lado, Sancho.

Empero, si es cierto que en el mundo de la cultura nadie nos impone hoy nada que no esté conforme con nuestros gustos, no lo es menos que el espíritu siente inquietud con sólo ver pasar por buenas, cosas que cree inferiores. Ved, por ejemplo.

El común de las gentes no sabe reirse sino de esa expresión gruesa de lo ridículo, que todos podemos palpar. Para el caso, un cómico de teatro. Y no sabe indignarse tampoco sino con hechos tan notablemente torcidos como el que se nos insulte. Pero hay una minoría que percibe matices mucho más sutiles de lo ridículo, de lo tierno, de la injusticia. Esa minoría ríe a lo mejor con todas sus ganas, de una proposición científica, o se indigna verdaderamente, hondamente, de lo que un escritor dice mal de Platón. Y es que esa minoría — sabedlo — ha incorporado la ciencia al juego de sus emociones.

Si ahora vosotros nos permitís situarnos entre los pocos capaces de sentir la ciencia — no ya pensarla únicamente, — os explicareis que hagamos un poco de bulla al rededor de nuestra sinceridad. No nos basta sentir para nosotros, necesitamos también sentir para los demás. Y acaso inconscientemente, mejor que la satisfacción de confesarnos a vosotros, lo que con esto buscamos es que vosotros os confeséis, que digais francamente si alguna vez habéis sentido parecida inquietud; si, como nosotros, habéis pensado también que en nuestro medio espiritual faltaba fresco.

IV

Pero nuestro colegio, además de asociación de inquietudes, lleva un fondo de orientación. A esta

orientación hemos llamado nosotros, Novecentismo, tomando el nombre de donde a igual o parecida orientación ha sido aplicado. Veamos qué entendemos por Novecentismo.

Quien de vosotros haya leído el manifiesto que redactó el COLEGIO NOVECENTISTA, sabrá que dijimos allí: *Novecentismo quiere ser suerte de nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy — nuevos y del Novecientos — a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente.* Por este catón entiéndese el positivismo. Positivismo es, pues, por lo pronto, lo contrario de Novecentismo.

Yo sé que en algunos países de Europa, ya hasta atrasado es hablar en contra del positivismo. Posteriores al positivismo son el idealismo crítico de Cohen, el pragmatismo, y como derivación y ampliación de este último el intuicionismo de Bergson. No es seguramente el caso de nuestro país, donde todavía impera aquella modalidad de la ideología ochocentista. Y lo que es peor, donde, aparte unos pocos, aun no se sabe bien qué es oponerse al positivismo. Conviene, por eso, que expliquemos esta oposición, aunque ello sea sobrado elemental.

Como yo no he de decir nada nuevo sobre el tema, para repetir por mío lo que otros han dicho, prefiero limitarme a dejar que voces más autorizadas hablen aquí. Hace poco nos llegó de España un precioso libro, en que muy claramente — aunque no completamente — se expone la filosofía de Berg-

son. Su autor, el profesor Manuel García Morente, le teníamos de tiempo atrás en nuestros corazones. Glosemos de ese libro lo que para el caso nos interesa.

«La razón y la ciencia — escribe García Morente — no son una misma cosa. La razón es la inteligencia orgullosa de sí misma, acometedora y emprendedora de las más altas hazañas; la razón es el razonamiento, ante el cual nada se detiene y que, en su paso magestuoso, aspira a alcanzar el absoluto saber. La ciencia, en cambio, es una razón disminuída, humillada, curada de su tradicional orgullo, sumisa a la observación y al experimento, recluda en los límites de la relación y del fenómeno. Entre el intelectualismo racionalista y el intelectualismo científicista, hay esta esencial diferencia, que aquél cree poder aspirar con la razón a conocerlo todo en su esencia eterna, mientras que éste, sabiendo la imposibilidad de tal empresa, renuncia a esos ensueños y se recluye en el laboratorio.»

Como se ve, el principio del positivismo no podía ser más sensato. Frente al romanticismo, que ponía el pensamiento al sentimiento, vindicaba la inteligencia. Y frente a la razón, que se había adueñado del intelecto, ponía la ciencia. No creía al razonamiento suficiente para conocer la verdad.

Pero este principio se corrompió bien pronto. «El intelectualismo de los científicos — continúa García Morente — no se contenta con renunciar a

la construcción metafísica; subrepticamente se ha ido él también haciendo dogmático. Como los métodos que emplea son fructíferos cuando se aplican a objetos convenientes, ha ido formándose la creencia de que son aplicables a todos los objetos, y más generalmente, de que son los únicos posibles de aplicar... Tal es la esencia del positivismo: la inteligencia renuncia al absoluto, pero es para recabar un dominio despótico sobre todo lo humano.»

He aquí, por tanto, que el positivismo se rebelaba a la insuficiencia romántica y a la tiranía racionalista, pero de pronto — como estos gobiernos democráticos que a los dos días se vuelven aristócratas, — se volvía tirano él también, excluía toda posibilidad que no fuera la suya. Y la humanidad, que no se había desprendido por entero de la idea de un espíritu creador, convino en reaccionar contra el positivismo.

Pero todavía esta reacción tenía otros motivos. Afirma el positivismo que los problemas filosóficos son insolubles, y lo demuestra de un modo terminante. «La inteligencia, dice — vuelve a hablar el profesor español, — dice, no conoce más que relaciones. Es, por lo tanto, incapaz de aprehender lo absoluto. Ahora bien, los problemas de la metafísica se refieren al fin último, a la causa primera, a la esencia de las cosas, es decir, a lo absoluto; luego son inabordables para la inteligencia.»

¿Véis qué razonamiento tan bien llevado? «Después de formulado no queda más recurso que callar y asentir». Pero recapacitemos, como recapacitaron los mismos positivistas. Se trata de tender las bases de una disciplina mental que sea todo demostración científica. En consecuencia, esas bases han de ser demostradas científicamente. Pero esa afirmación de que la inteligencia no puede conocer más que relaciones, y que constituye el fundamento del positivismo, ¿cómo se demuestra? Lógicamente. Entonces, la razón, no sólo no puede ser excluida, sino que es lo primero con que ha de contar el positivismo.

Y el positivismo, por segunda vez y con sus mismas armas también, queda vencido. Sin embargo, los positivistas no quisieron todavía hacerse filósofos, ni resignarse siquiera a poner límite a sus experimentos, y ya sabéis lo que hicieron: se llevaron la psicología al laboratorio. Fué recurso ingenioso. Con la psicología científica o psicofisiología o psicofísica o fisiopsíquica o psicología experimental o psicología natural o psicología médica o psicología fisiológica — que de todas maneras se la ha bautizado; — con ella podían volver a prescindir de la metafísica, puesto que estudiarían experimentalmente las operaciones mentales, y esto les permitiría dar un fundamento científico a aquella afirmación suya de la relatividad de los conocimientos filosóficos.

Pero no nos engañemos. El círculo vicioso, ni aun con esa ocurrencia queda excluído. Efectivamente: supongamos que la psicofisiología llegara. — que no llegó — a convertir en axioma científico el postulado sobre que descansa el positivismo. ¿Qué se habría obtenido con ello? Justamente, confirmar una verdad ya establecida por el razonamiento, o lo que es lo mismo, demostrar científicamente, indubitablemente, que la razón puede conocer.

Por otra parte, reparad en que en ese intento del positivismo hay una idea preconcebida; nace de un preconcepto. La psicología científica va a buscar el alma o el espíritu o la inteligencia, como se le quiera llamar. Y el alma, como Dios, pues ¿no estamos viendo que es una idea que hemos creado nosotros al margen de toda experiencia? Luego, es una idea que pertenece a la metafísica. Un objeto creado por la metafísica era, pues, lo que iban buscando los científicos. Esto les ocurre siempre. El bilólogo — pongo por otro caso — desea conocer íntimamente la vitalidad. Va, para ello, descomponiendo gradualmente los cuerpos, y en su experimentación observa paso a paso las funciones de los organismos; las funciones fisiológicas, no vayamos a creer otra cosa. Pero llega a un cierto momento en que ya no puede hallar más finos elementos; sencillamente, porque no los ve. Y crea una hipótesis, crea la biomolécula, que es la base de todo estudio biológico. Y esta biomo-

lécula, ¿qué es? Nadie la ha visto. Es una convención a que se ha llegado por inducciones, por razonamiento. Por cuanto vemos que el biólogo es tan metafísico como el filósofo. Y es que, como dice Xenius, no hay más que metafísicos, sólo que unos reconocen que hacen metafísica, y los otros, no.

Por otro lado todavía ya conoceis los resultados que ha dado la psicología experimental. Nos ha llegado a mostrar, y no siempre, las condiciones en que se desarrolló un fenómeno espiritual ya dado, pero el fenómeno espiritual que debe darse en determinadas condiciones, se le escapa siempre. A unas mismas condiciones no corresponden siempre los mismos fenómenos del espíritu. Son, en suma, sus demostraciones, para nosotros, lo mismo que, según la luminosa metáfora de Bergson, para un sordo una representación teatral. Ve el sordo moverse y accionar los personajes, pero no sabe lo que dicen. «... por lo que resulta extraño — escribe Guillermo James precisamente en sus «Principios de Psicología»; — por lo que resulta extraño oír hablar con aire triunfal de la «Nueva Psicología» y ver cómo se escriben «Historias de la Psicología» cuando no hay el menor vislumbre de una visión clara en los elementos reales y en las fuerzas que se ocultan tras tan sonoras palabras».

Comparad ahora esta confesión de un hombre genial con lo que a diario oís o leéis aquí; con lo

que os dice cualquier llamado profesor de psicología: que la psicología científica es indiscutible y es lo que ha admitido definitivamente el mundo culto contemporáneo.

Queda, pues, clara — pienso — la absurdidad del positivismo, y consecuentemente su detentación del campo de los conocimientos humanos. «Esto — dice también García Morente — lo ha sentido la juventud de todos los países cultos y ha devorado con avidez aquellas producciones en que se manifestaba una honda fe en el poder original y creador del hombre genial: Carlyle, Nietzsche, Emerson, Guyau». El espíritu, enclaustrado por los positivistas, buscaba desahogo. Fué esta reacción algo así como un nuevo humanismo, que venía a oponerse a una especie de nueva Escolástica de laboratorio. Y no fué ayer, que fué hace ya treinta años. ¿Para cuándo, pues, pensábamos aquí abandonar el deletreo de la cartilla positivista?

Reaccionemos, reaccionemos contra esta atmósfera enrarecida en que vivimos. Anté toda investigación científica, en toda investigación científica, después de toda investigación científica, hay siempre algo que escapa a los simples métodos de mensuración y que, como el horizonte visual, se aleja de nosotros en la medida en que nos le acercamos. Ese algo siempre fugitivo — fugitivo de veras y no como la tortuga de Aquiles — es nuestro espíritu, imposible de aprehender por lo mismo que no se

puede inscribir un hueco en otro. ¡Cómo! ¿Queríamos amarrar el espíritu con el espíritu?

Reaccionemos, y que novecentismo, «esta palabra suave, jónica, llena para nosotros de una insospechable resonancia mental» — como ha dicho Benjamín Taborga, — sea nombre de nuestra vuelta a la fe en el poder original y creador del hombre de genio.

V

Pero ya a esta altura de mi discurso advierto que muchos observais, algo decepcionados: si eso y no más es novecentismo, ¿para qué dar nombre nuevo a cosa ya vieja, a cosa que se ha llamado humanismo y romanticismo, acaso con más propiedad? Ciertamente, si nuestro horizonte mental no pasara de ahí no tendría razón de llevar nombre tan pretencioso y tan bello. En primer lugar, porque ni siquiera es aspiración nacida en este siglo del novecientos.

Pero he aquí que nosotros, en nuestro manifiesto hemos dicho: «aspiramos en lo posible a adoptar en las cuestiones intelectuales que nos preocupan, un punto de vista personal; que no sea desconocimiento ni olvido de lo que aprendimos, porque sería volver al romanticismo, pero sí decisión de sopesar, de contar, de medir, siempre más amigos de la exposición que del ditirambo». Luego, ya nuestra actitud no parece la misma que la de los

románticos. Y ¿cómo creyendo a Nietzsche, a Carlyle, a Guyau, a Emerson más en armonía con nuestros gustos, que el positivismo, vamos a mantener esa decisión de sopesar, de contar, de medir? ¿No parece que esta decisión era la de los positivistas? ¡Ah!, es que quizá nosotros y los que en otros lados se llaman novecentistas, no estamos tan lejos del positivismo.

Manténgome absolutamente en todo lo que hasta aquí llevo dicho por oposición al positivismo; pero ¿qué llevo dicho? No que la intención de los científicos fuera despreciable en todos sus modos; no que a pesar de sus finales derrotas no hubieran obtenido rendimientos. Por el contrario, debo agregar ahora, que toda la ciencia contemporánea y también la metafísica, se hallan — como sabéis — influenciadas en gran parte por el positivismo, algunas de cuyas conquistas parecen ya definitivas. La misma psicología médica, que no es, sin embargo, más que fisiología — yo creo que esto es lo cierto — ha traído a los conocimientos humanos varios considerables aportes. Ved más todavía; ved que esta palabra, ciencia, rueda hoy de boca en boca, confundida acá y allá con filosofía.

Lo que en modo general hemos criticado del intelectualismo científico ha sido su rebalsamiento, su intromisión en zonas que no le pertenecen, su dogmatismo. El dogmatismo positivista es el que ha exacerbado el alma contemporánea y lo que

no podemos admitir nosotros; no por dogmatismo científico, sino por eso, por dogma, porque el dogma es estático y la vida es dinamismo. Es lo que cuarenta años atrás decía Renán, positivista a su modo: «Es curioso esto de los físicos de creer que sólo en manos de ellos está la verdad». Y más recientemente, Boutroux: «El sabio que no ha practicado otra forma de experiencia que la experiencia física, imagina fácilmente que esa es la sola forma posible». Que no es la única forma posible lo han demostrado — como vimos — los mismos científicos, mas no hemos demostrado nosotros que no sea una de las posibles formas de experiencia.

Concordes, pues, en limitar el campo propio de la experimentación, fuera de los dominios del espíritu, que no tienen nada que ver con lo que la ciencia estudia. La verdad de mi cuerpo no será nunca la verdad de este discurso que estais oyendo. Concordes, con el idealismo crítico, en reconocer que el espíritu, puesto en dependencia del cuerpo por el paralelismo y negado por los materialistas, es precisamente el que hace posible toda experiencia. Concordes asimismo en que la psicología fisiológica, a pesar de sus conquistas, no es más que fisiología. Y, sobre todo, muy interesados en advertir a nuestros positivistas, que su punto de vista no es, como ellos dicen, lo últimamente ad-

mitido. Es ésta una impostura que se debe poner a descubierto en seguida.

Pero volver a Emerson, a Guyau, a Carlyle a Nietzsche, aunque ya no vaya entre ellos Brunetière; es decir, situarnos un tramo atrás del positivismo, no sería cordura.

En los que inmediatamente reaccionaron contra esa ideología seca del ochocientos, se explica su actitud. No esta, todas las rebeliones llevan a la humanidad a opuestos extremos. El humanismo de mediados del siglo XV fué también negación absoluta de la Escolástica, y por actitud extrema hizo poco más que cambiar nombres de autoridades: Platón en vez de Aristóteles. «El Humanismo dice Höffding — tiene algo de impreciso en su carácter: significa el descubrimiento de lo Humano, pero la manera de apoderarse de lo Humano y buscar su desenvolvimiento, permanece aun rodeada de tinieblas». Por eso — según Wundt — tiene más valor propedéutico que otra cosa. Fué la propedéutica que sirvió de prólogo a las nuevas ciencias del Renacimiento, el cual, más dentro de la Escolástica que no lo estaba el humanismo, es el que verdaderamente marca el punto inicial del progreso de la Edad Media al mundo moderno.

Un parecido carácter tiene esa rebeldía de las postrimerías del siglo XIX, a lo que ya se ha llamado nueva Edad Media. Pero también tiene un

valor propedéutico más que otra cosa. Es como la enseñanza preparatoria, el tránsito de la última centuria a nuestro siglo, en que debía plasmar en forma clara la aspiración a la limitación positivista, es decir, al novecentismo.

Precisaré, entonces, los modos de esta orientación nuestra y tendremos. Por un lado, la fe en el poder original y creador del genio. Al margen de toda experiencia física y aun del mismo razonamiento, se dan constantemente estas creaciones geniales, estas intuiciones del espíritu, que observamos en lo que Bergson ha dicho, la evolución creadora. Shakespeare y Pascal son dos ejemplos. Y por otro lado tenemos una bien marcada tendencia a la demostración, una tendencia a descomponer las calidades del todo, a hallar lo concreto. Mucho, sí, de la simpatía romántica, pero mucho también de la medida del positivismo.

No es este, como parece al pronto, un punto de vista conciliatorio. Los términos medios, muy cómodos y hasta muy beneficiosos para la vida práctica, no van más allá del sentido común, de la penetración epidérmica de las cosas. A las altas especulaciones filosóficas hay derecho a exigirles más. No es tampoco la armonía de dos contrarios, porque ver la contradicción y no pasar de ahí no es labor de filósofo. Es simplemente actitud que nace de considerar que el espíritu creador no es cosa

opuesta ni a la razón ni a la ciencia; no es su contrario.

Acabamos de decir que al margen de toda experiencia física y aun del razonamiento, se dan en el campo de la cultura esas creaciones geniales que llamamos intuiciones. Nacen de la facultad del espíritu de penetrar inmediatamente, además de mediatamente, lo íntimo de las cosas. Pero ¿cómo conocemos lo que el espíritu ha creado? Newton ve caer una manzana del árbol y tiene ante ese hecho súbita inspiración, advierte algo de extraño en el fenómeno. Este es el momento en que obra el espíritu creador. Pero en seguida Newton necesita preguntarse, por qué la fruta cayó hacia la tierra y no al vacío. Y ya aquí entra en obra la razón. La razón, la lógica, explica el hecho. Luego, el razonamiento es el que nos da a conocer la creación del espíritu. No hay, pues, oposición extrema entre intuición y razonamiento. Quizá sean de distinta calidad, pero son complementarios uno de otro, del mismo modo que en física o en química las energías motoras y las potenciales — el fósforo que enciende la pólvora, — se complementan para producir las energías efectoras.

Pero ya veis que este espíritu creador es algo que está fuera de nuestras previsiones. Sabemos que existe y que puede manifestarse en un momento dado, mas no sabemos cómo ni cuándo se manifestará. Por lo tanto, prácticamente debe te-

ner para nosotros mayor valor el razonamiento, el esfuerzo mental.

Reducida a más sencillos términos, la proposición vale tanto como decir que, por sobre el ingenio romántico, debemos poner el estudio, el esfuerzo personal que despleguemos en nuestra vida. De antemano, ninguno sabemos si tenemos genio. Ya sabéis que entre los literatos se dice frecuentemente que no hay necesidad de estudiar, que los libros pueden trastornar nuestra personalidad, quitándonos aquello de original que había en nuestro pensamiento. Y como ejemplo nos recuerdan las intuiciones del genio. ¡Lindo modo de trabajar! Los inventos y los descubrimientos, es cierto: están por encima de los libros y de todo esfuerzo; son hijos de la casualidad. Pero, ¡qué casualidad!, sólo inventan los sabios.

Y a la par que sobreponemos el trabajo a toda otra actividad, queremos que en la obra producto de ese trabajo haya algo más que opiniones personales; queremos que haya demostración. Yo leo un ensayo de Emerson; lo leo con gusto, me parece hermoso; a ratos, me deleita. Pero si luego que lo he leído me paro a meditar, acaso siento honda desilusión al encontrar que no me ha convencido el autor. Y es que este autor no ha ahondado todo lo que podía, su pensamiento. Se ha formado una convicción y de ella no sale, o porque no da con motivos de duda o porque, si duda, se ciega ante el

obstáculo. Ved, en cambio, la obra de los filósofos. Podrán no convencernos siempre los filósofos en sus puntos de vista, pero, cuando menos, nos demostrarán que han pensado lógicamente, que han tratado de hallar el vértice de su pensamiento, que han procurado evitar la contradicción. Pensar, pues, según el filósofo y no según esos otros hombres que por error se llama filósofos: Montaigne, Rousseau, Voltaire, Novalis, Maeterlinck, es lo principal. O sea, decir esto pienso, por estas razones, y no solamente, esto pienso.

Diréis que con ello excluimos la posibilidad del Arte. En el Arte, efectivamente, hay más, mucho más de afirmación que de demostración. El artista siente más que piensa; es ser dotado especialmente de sensibilidad. Pero con sobreponer la demostración a la afirmación rotunda y sin explicaciones, no relegamos a un segundo plano la orba de Arte. Lo que hacemos, simplemente, como en el caso de la ciencia y la metafísica, es limitar campos; es dar al artista un valor de artista y no de filósofo, y viceversa. En suma, es no confundir las opiniones de Maeterlinck con la belleza de la forma en que están vertidas esas opiniones. De aquí que, cuando hagamos algo que no sea arte puramente, creamos que debemos hacer demostración, discurso.

Tal lo que nosotros hemos llamado *decisión de sopesar, de contar, de medir*. Al ejercicio de la crítica alcanza especialmente. ¿Qué nos dice Víctor

Hugo con todos sus ditirambos a Shakespeare? Mucho del cariño que tenía al poeta inglés, mucho también del gran poder de su fantasía, de su facilidad para crear imágenes, de su incontenible verborragia; pero de lo que fué Shakespeare, nada. Porque Shakespeare no es la montaña que se yergue, el torrente que arrastra, el sol que alumbra, la naturaleza que se desborda, y demás sustantivos tan precisos como estos. Y cito a Víctor Hugo por citar al arquetipo — con genio de artista, por lo demás — de ese horror a la sobriedad, a la concisión, a llamar a las cosas por su nombre. Si quisiera traer aquí otros ejemplos, citaría cincuenta literatos que viven con nosotros.

Al artista mismo alcanza también nuestro deseo de justeza y de sobriedad, en cuanto queremos un arte más estructural que exuberante, cuya grandiosidad nazca antes de lo íntimo de las emociones que es capaz a despertar, que del andamiaje de su forma.

Bien entendido, entonces, que novecentismo no significa exaltación del genio, sin que no queramos dar una suerte de estructura a la obra de ese genio. Del positivismo se aparta en cuanto reconoce que hay un espíritu creador sobre la razón y sobre la ciencia, y en cuanto no admite que los métodos biológicos sean aplicables a la filosofía, y del romanticismo, en que no deja librada toda posibilidad de

obra básica, al solo desbordamiento del espíritu sin ordenanza y sin medida; sin explicación.

Entendido, asimismo, que no es novecentismo nombre de ningún sistema filosófico. Es, como dijimos a un comienzo, nombre de nuestra actitud mental, no ante los problemas últimos de la cultura, sino, más modestamente, ante las características de nuestro ambiente intelectual, que son, generalmente, lo peor de la ideología ochecentista. Queremos ciencia que no sea cienticismo, es decir, que no sea psiquiatría, frenología, sociología, psicología experimental, es decir, ciencia con visos de metafísica, es decir, poca ciencia. Queremos una mayor intensidad en las disciplinas filosóficas. Queremos más estudio que ingenio, y menos literatura de esa que se hace o sobre la literatura o sobre la ignorancia, sin pensamiento y sin emoción y sin sobriedad; y más honradez en la propia obra y más seriedad y más explicación que sanción, y antes que todo esto, que advierta el país que vive como cincuenta años atrás en el mundo de la cultura; que hay modernas corrientes de ideas que nos son del todo desconocidas; que en cuestiones intelectuales, en fin, estamos aquí como en un verdadero limbo, barajando todavía ideas y hombres que fueron y esperando a enterarnos de lo nuevo para cuando en otros lados sea ya vieja novedad.

JOSÉ GABRIEL.

JULIO REY PASTOR

UN CURSO DE MATEMÁTICAS

De las obras de diversa índole — y siempre valiosas — que la colectividad española de la Argentina realiza entre nosotros, la Institución Cultural Española, de ella surgida, es, sin duda alguna, una de las mejores y a la cual todos los argentinos debemos particular reconocimiento. Compuesta esa institución por unos cuantos españoles intelectuales, industriales o comerciantes, bien conocidos y bien respetados por todos, tiene por objeto traer anualmente a nuestro país un profesor español que se acerque a nuestra juventud estudiosa y le comunique sus conocimientos y muy especialmente parte de las inquietudes espirituales que palpitan en España en estos últimos tiempos.

Por ese camino han llegado ya, como se sabe, Menéndez Pidal, Altamira y en 1916 Ortega y Gasset, los cuales encontraron aquí la acogida que correspondía a sus merecimientos, y puede decirse que su labor no fué meramente pasiva, sino que influyó grandemente entre unos cuantos de los que por acá sienten hoy verdadera curiosidad por las cosas espirituales.

Este año, el profesor invitado por la Institución Cultural Española, ha sido el doctor Julio Rey Pastor, quien desde hace un mes se encuentra en Buenos Aires. Como los anteriores, el doctor Rey Pastor ha sido propuesto a aquella institución por la Junta para Ampliación de Estudios en el Extranjero, de Madrid, que preside el afamado histólogo don Santiago Ramón y Cajal.

El doctor Rey Pastor es sumamente joven todavía. Nació en 1888. Al igual que la mayor parte de los jóvenes españoles de su generación, después de cursados los primeros estudios en su patria, pasó a completar su carrera universitaria, a Alemania. En ese país fué discípulo de Schwarz, de Berlín, y luego, en Gottinga, de Runge y Caratheodary.

No obstante su juventud, en su país y en el extranjero cuenta ya con sólida reputación como matemático. De la materia de sus preferencias, para la cual se advierte que, como casi todos los matemáticos, tiene una ingénita vocación, lleva publicadas varias obras. La primera (de 1910), fué una memoria sobre *Correspondencia de las figuras elementales*. En 1916 publicó otra sobre *Fundamentos de la geometría proyectiva superior*; y la última de ellas (de este año), *Análisis algebraico*. Ha escrito además una *Introducción a la matemática superior*, que acaba de ser reeditada en los manuales «Corona», un *tratado de análisis algebraicos* y su curso sobre la *Teoría de la representación conforme*. La Intro-

ducción a la matemática y el *Tratado de análisis*, fueron premiados por la Real Academia de Ciencias, de Madrid.

Su competencia en las disciplinas matemáticas, demostrada en sus obras, le ha valido entrar a una edad en que son contados los que entran, al claustro de profesores de la Universidad Central española. La junta mencionada le nombró también director del seminario matemático creado por ella en la capital de España.

A poco de llegado a esta ciudad, uno de nuestros compañeros del Colegio tuvo la suerte de poder conversar con él breves instantes. Refiriéndose a nuestro medio intelectual, dijo el profesor español que por acá estábamos bastante adelantados en ciencias positivistas, las cuales tenían muy apreciables cultores; pero que nos faltaba todavía algo así como un cultivo intenso de las disciplinas filosóficas puras, de ciencias abstractas como la matemática, de aparente menor utilidad, pero más concordes con las aspiraciones del alma contemporánea. Hizo, sin embargo, algunas excepciones, mencionando varios nombres de argentinos dedicados al estudio de la matemática, que probó conocer.

Es, como se ve, la observación del señor Rey Pastor, acerca de nuestro medio, la que ya otras voces igualmente autorizadas han hecho y que este COLEGIO NOVECENTISTA ha sentido claramente, como muy exacta.

Conocedor también de la formación del COLEGIO NOVECENTISTA, al doctor Rey Pastor plúgole sobremano saber que unos cuantos jóvenes estudiantes de aquí habían, por lo menos, advertido esa característica de nuestro ambiente y se apresuraban a manifestar francos deseos de renovación.

Por lo demás, el profesor español mostróse íntimamente complacido en venir a dictar curso en nuestro país. En su primer conferencia lo dijo también, y añadió que no se llegaba hasta nosotros como representante de «una ciencia oficial de España, de una ciencia nacional que no existe y que sólo ahora se está empezando a construir por un grupo de investigadores entusiastas y honestos capitaneados por el gran Ramón y Cajal». Y con rasgo de modestia que le honra, advirtió asimismo, que no era tampoco el profesor que trasladaba su cátedra de Madrid a Buenos Aires para venir a enseñar nada ni a nadie, sino un hombre estudioso que quería arrojar algunas piedrecillas en las aguas mansas de nuestro bienestar material, para producir en ellas pequeñas hondas de inquietud.

Cuente, desde luego, el distinguido catedrático español, con que aquí hay una porción de estudiantes que le sabrán apreciar.

El día 2 de este mes dió el profesor Rey Pastor, en el aula de física de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, su primera conferencia, ante una numerosísima concurrencia. Trató en ella

del desarrollo de la matemática desde fines del siglo XVIII hasta la época actual. Analizó separadamente las características de esa ciencia en dicha centuria, y mencionó luego la radical mudanza que sufre a fin de la misma, debido al impulso de Cauchy, Gauss y Abel, con lo cual se convierte en una ciencia casi exclusivamente francesa, autónoma, con problemas y métodos propios y emancipada de las ciencias naturales, a cuya servidumbre había estado sujeta hasta entonces. Después hizo ver cómo los alemanes (hacia 1826) superan a los franceses en el cultivo de las disciplinas matemáticas y mantienen esa superioridad hasta casi el fin del siglo XIX, en que los geómetras italianos les arrebatan el cetro. Hoy — dijo — la matemática es una ciencia italiana. En cuanto a las variaciones íntimas de la matemática, después de sucesivos períodos de abstracción, que expuso, dijo que había llegado a ser ya una ciencia con unidad perfecta, cuya base común son los conjuntos abstractos (teoría de Cantor); el núcleo del edificio es la idea de función, y la corona, la teoría de los grupos que sistematiza e implica todas las teorías.

Luego de esta primera lección inició el profesor español un curso intensivo sobre el organismo actual de la matemática, curso que viene desarrollando en torno a dichas tres ideas capitales: la de los conjuntos abstractos, la de función y la de los grupos.

MOMENTOS

Risa infantil, preludio de la fatal dolora.
Mañana serán hombres estos niños de ahora.
Hombres y niños vamos unos de otros en pos.
También ayer fué *nuestra* su risa encantadora:
esa risa que tiene claridades de aurora
y es un eco, en la Tierra, de la risa de Dios.

*
* *

Feroz lección de la cronología.
Cinco siglos atrás y es la armonía
de los dorados pórticos de Atenas:
la ciudad del eterno mediodía
y las frentes serenas.
Cinco siglos despues, cielo de plomo,
pasajes de calvario, torvos ceños,
Jerusalem, cristianos que hablan como
si estuvieran en sueños.

*
* *

Hamlet y Oteló. Hamlet siempre inseguro
y Oteló que asesina, puñal en mano.
Pensar es detenerse frente al futuro.
Vivir es ir de espaldas hacia lo arcano.
En la sombra del hondo palacio obscuro
se oye al bufón que riñe con el enano.

*
* *

Para el amor no hay vallas.
Es un reino sin nobles ni miserables.
Sólo el Espíritu alza murallas
infranqueables.
Trágica duda cuando tenemos
sus manos bienamadas en nuestras manos
y no sabemos
si son de veras nuestros hermanos.
Trágico ambiente
el formado por esos seres queridos
para quienes seremos desconocidos
eternamente.

*
* *

El *ser* y el *debe ser*. Ideas y hechos
siempre en penoso esfuerzo disyuntivo.
¿Conciliarán un día sus derechos
lo pensado y lo vivo?
En nosotros—muy íntimo—perdura
ese combate. ¿Quién matará a quién?
Si somos alma pura
somos nervios y músculos también.
Porque tal es la siempre abierta herida
de nuestra vocación:
siempre que somos fieles a la vida
somos infieles a Platón.

Teófilo de Sais

EL POSITIVISMO Y EL ESPIRITU (1)

POR EUGENIO D'ORS

Uno de los aspectos en que se ha manifestado esa barbarie del Ochocientos, ha sido un desconocer el carácter estético, irónico, de la Ciencia, cayendo en aquella falsa religión de la Ciencia que llamamos «Cienticismo» y que otros torpemente llamaron «Positivismo». El positivismo representaba la superstición del resultado por encima del espíritu creador; la dogmatización de la ciencia hecha, en perjuicio de la ciencia que se hace. Convertir la ciencia hecha en un dogma y extender su dominio ilegítimamente hasta el campo de la conducta, despojarla de su carácter artístico, para armarla de una trascendencia ética será una especie de barbarie, será carecer en absoluto del sentido de la continuación. El primero que partió de la geología cuveriana, no ya para desconocer científicamente todo cambio brusco — que en esto se hubiera mantenido dentro su derecho — sino para atacar la creencia en lo cataclismal, cometió un acto de barbarie no muy distinto del que el lombardo o sármata recién converso cometía al mutilar la estatua de una diosa antigua. La ausencia de clasicismo, de espiritualidad, de ironía, de gracia, es análoga en ambos casos. No prevé el sármata la hora del Renacimiento como no prevé el cuveriano fanático a Hugo de Vries y la readmi-

(1) De la «Antología Filosófica» de Eugenio d'Ors, compilada y traducida por R. Rucabardo y J. Farrán. Edit. Antonio López, Barcelona.

sión de los cambios bruscos y la consiguiente vindicación de la hipótesis cataclismal. Desconocen por igual los dos cuanto de flexibilidad debe contener la concepción intelectual, cuanto de elemento estético, de libertad, de «juego» — en el sentido kantiano y schilleriano de la palabra... — Toman de la lección de Sócrates la mitad, lo de la invención de definiciones: dejan la otra mitad, que confiere la potencia de superarlas. Si, pues, podemos caracterizar a Europa, por su esencial socratismo, no será Europa la ciencia que se erija en dogma, la que, en su devoción por la fórmula, niegue el diezmo de marginal veneración que debe a las posibilidades del Espíritu. Ni Fórmula sola ni Espíritu solo dan el sentido de la tradición Europea, sino Fórmula y Espíritu reunidos. En la suprema armonía del Partenón que vos, mi ilustre amigo, ensalzasteis como se debía, hay, sin duda alguna, mucho de canon; pero también hay un algo de milagro. El éntasis calculado y sutil hincha ligeramente la columna; pero el secreto íntegro de su profunda gracia, sólo puede poseerlo la virgen y diva Atenea.

Eugenio d'Ors.

(Xenius)

Introducción de Emilio Boutroux a la traducción francesa del libro de Rodolfo Eucken titulado "Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo" (1)

La actitud de la generación actual respecto de la filosofía parece, a primera vista, contradictoria. Es usual denigrarla como creadora de abstracciones huecas; y, al mismo tiempo, se ve florecer una literatura filosófica que apasiona a un público numeroso y serio. Hasta se advierte que hombres de estado, publicistas, novelistas, críticos, buscan ávidamente hoy los temas filosóficos y son complacientemente alabados por su profundidad cuando los desfloran, aunque sea muy ligeramente.

Esta aparente contradicción se atenúa si se considera que lo que en la actualidad se proscribe o se cultiva no es un idéntico procedimiento de filosofar. Se huye, si, de una filosofía separada de las ciencias y de la vida, de una filosofía que pretende encontrar en la razón pura todos los elementos, todo el objeto de su existencia y desarrollo.

(1) París, Alcan 1912.

A menudo se tacha a una tal filosofía de vacío formalismo, de construcción artificial, de supervivencia escolástica. No se ve más en ella que una simple satisfacción del espíritu, sin valor para quienes han extraído en el comercio de las ciencias positivas y de las realidades vivientes, el sentido de la verdadera certidud. Pero, por otra parte, sa acoge ávidamente las ideas filosóficas cuando parecen ser el producto legítimo de una colaboración entre el espíritu y las cosas, cuando se presentan como una sincera interpretación de las ciencias y de la vida, no como una exégesis o combinación, más o menos nueva, de los conceptos elaborados por los filósofos antiguos.

Nuestro siglo, pues, pertenecerá a una filosofía que intente bastarse y alimentarse exclusivamente con su propia substancia. Pero en desquite, solicita una filosofía que busque en la misma experiencia, en lo universalmente admitido como real, en las ciencias positivas, en la vida del individuo y de las sociedades, los elementos de sus respuestas para las incoercibles interrogaciones del espíritu humano: ¿qué es el mundo? ¿qué somos nosotros? ¿cómo haremos para cumplir acentadamente nuestro deber de hombres?

Si el autor de la presente obra reúne en torno de su silla de profesor ancho círculo de ardientes discípulos, si la atribución del premio Nobel que se le ha dispensado en 1908 ha sido acogida con tan calurosa simpatía, no sólo entre el público filosófico propiamente dicho,

sino también entre el gran público, es porque ha trabajado en el sentido de extraer la filosofía de la sombra de las escuelas para instalarla en el corazón del mundo real y hacerla participar de la vida de los hombres y de las cosas.

Flied! Auf! Hinaus-in's weite Land!

Tal parece ser su divisa. Y, ciertamente, no sería del todo censurable tomar por modelos a los Platón, los Descartes, los Leibniz y los Kant, quiénes, sin duda alguna, tenían por norma indelible considerar la filosofía como una actividad del espíritu en constante comercio con las realidades, y no como una cosa en sí, con existencia aparte, desarrollándose únicamente por simple dialéctica interna.

Pero a poco equivaldría el haber formado nueva conciencia de lo que fué, en suma, el esfuerzo de todos los grandes pensadores. El mérito de Eucken estriba en haber efectivamente determinado la vía que permite al espíritu realizarse en su pristina originalidad, no a pesar de su unión con las realidades materiales, sino gracias a esa misma unión.

*
*
*

No es por simple acaso que la filosofía, durante un largo período, pareció envidiosa de crearse una esfera aparte, bastándose a sí misma, fuera de la ciencia de las cosas sensibles.

Para los antiguos, un Platón o un Aristóteles, en la naturaleza era capaz de alcanzar lo divino y, ella misma, de esencia más o menos di-

vina. El espíritu, pues, para vivir su propia vida, podía invocarla o apoyarse en ella.

Toda su ambición, por lo tanto, consistía en encontrar y contemplar en la naturaleza el reino de las leyes naturales y eternas, leyes de que el mismo espíritu participaba directamente. Pero con el cristianismo la naturaleza cambió de aspecto. Ya no fué más que una cosa inerte, por completo exterior al espíritu que la creó, *ex nihilo*. Y la ciencia moderna está, sobre este punto, en sugerente acuerdo con la religión judeo-cristiana. La ciencia moderna convierte a la naturaleza en un mecanismo bruto, donde el juego eternamente idéntico de las fuerzas naturales inmutables y fijas, engendra, por si mismo todos los fenómenos, sin que en su curso haya plaza jamás para un pensamiento dirigente.

¿Cómo entonces, el espíritu podría encontrar en su contacto con la naturaleza elementos de vida y desarrollo? Unirse a la naturaleza sería abandonarse, traicionarse, disolverse. Oponiéndose a ella, al contrario, el espíritu toma una conciencia distinta de la que le es propia, y se asegura una entera libertad de acción y acabamiento. La reducción de la naturaleza a principios antiespirituales se convierte así para el espíritu, tanto como se evade de aquélla, en la ocasión de nueva y pujante afirmación de su originalidad y de su propia vida.

Pero he aquí que la ciencia positiva, al principio limitada a explicar por sus principios mecánicos lo que se llama fenómenos exterior-

res, y respetuosa ante el misterio que parece envolver la vida y el pensamiento, se juzga hoy en posesión de métodos que le permitan someter a sus leyes todas las formas del ser, sin excepción. Nada hay en el imperio prodigiosamente acrecido de la humanidad sobre las cosas que no haga hoy aparecer, bajo un aspecto nuevo, la situación del espíritu frente a la naturaleza. Si el hombre puede modificar el curso de los fenómenos se debe a que el mismo es un fenómeno, análogo a los otros. El sabio antiguo, a quien sólo le era dado contemplar las leyes eternas del ser, no podía sentirse idéntico a ellas como el sabio moderno que las utiliza. Si el viento y la corriente combinan sus acciones es que son dos fuerzas homogéneas. Gobernar a la naturaleza es ser parte de la misma.

Además, ¿dónde el espíritu separado de la naturaleza podrá encontrar el punto de apoyo, el objeto, el principio de determinación que le es necesario para obrar, es decir, para ser? En otro tiempo se tenía a Dios. El crítico moderno encuentra que en el concepto de Dios subsiste multitud de elementos extraídos de la misma naturaleza y que, si se intenta reducirle a su contenido puramente suprasensible, se le ve desvanecer. Entre las corrientes del pensamiento contemporáneo una de las más fuertes es la que nos aleja de ese cielo transcendente de Epicuro donde se ignora si existen sobre la tierra, seres que sufren e investigan, llevándonos hacia el mundo de la materia y de la vida

temporales, objeto de la ciencia, base inaparente pero cierta, de todas nuestras acciones, deseos e ideas.

Estos, pues, son hoy los términos del problema para quien se pregunta si el idealismo representa todavía una actitud mental posible: dado que el espíritu es para nosotros inseparable de la materia, y de una materia cuyas leyes parecen bastarse a sí mismas, ¿es posible, sin embargo una vida original y libre del espíritu? Preciso es reconocer que enunciado en estos términos el problema aparece singularmente embarazoso.

Y, desde el principio, una concesión grave se impone. No solo no es contradictorio, sino que es mucho más simple, tanto lógica como prácticamente, dar la razón al naturalismo. Pretender sobrepasarle es aventurarse. Pascal, ¿ha alcanzado a demostrar que hasta aquel mismo que carece de fé debe lanzarse a la ventura de obtenerla? De hecho se puede vivir una vida puramente natural puesto que basta, para ello, con abandonarse al curso de las cosas, con no contrariar a la ley de inercia que, por otra parte, se realiza en todo cuanto existe.

Del problema de la vida humana, el naturalismo es una solución posible? ¿Síguese de aquí que esa solución sea necesaria? Suponed que yo rehusó contentarme con ella: ¿se tiene el derecho de objetarme que mi actitud no expreme otra cosa que una fantasía individual? Aquí aparece la idea fundamental del presente libro de Rodolfo Eucken.

Así como Pascal consideraba el punto decisivo de su obra hacer despertar al hombre de su sueño pirroniano pensando que el hombre, una vez inquieto sobre su destino, no podría dejar de volverse hacia Dios; así nuestro filósofo aplicase con todas sus fuerzas a provocar la reflexión crítica en el espíritu que se satisface con el naturalismo, persuadiéndole sobre el esfuerzo necesario para averiguar si aquel punto de vista es verdaderamente digno del hombre.

Pero mientras Pascal, para excitar al incrédulo a volverse hacia Dios le invitaba a penetrar en sí mismo, a observar la inquietud que a pesar suyo le dominaba perennemente, Eucken, que pertenece a un siglo, y especialmente a un país preocupado de adaptar la vida individual a la vida colectiva, nos muestra las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo dirigidas, en realidad, hacia la investigación de los fines irreducibles a los objetos dados en nuestra experiencia.

De ahí la marcha seguida por nuestro filósofo. En vez de limitarse a examinar de manera abstracta los conceptos de la vida espiritual, del movimiento, del monismo y dualismo, de la vida humana, de la moral y de la religión, Eucken, extendiendo a la sociedad humana el método de investigación aplicado al individuo por Pascal, busca sorprender la vida secreta de la conciencia común, el trabajo que se opera actualmente en ella, la dirección del movimiento general que se desprende de sus diversas tentativas.

Y a propósito de todos los problemas esenciales de la teoría y de la práctica, contempla el pensamiento contemporáneo atormentado precisamente por la cuestión de la legitimidad del naturalismo, y orientado hacia un idealismo nuevo capaz de mantener las ambiciones del idealismo dualista aun reconociendo siempre la imposibilidad, definitivamente establecida, de separar la metafísica de la ciencia, el espíritu de la naturaleza.

*
* *

¿Cómo satisfacer esta aspiración de la conciencia humana?

La idea general que se deriva del examen del pensamiento contemporáneo pudiera ser formulada en estos términos: el hombre es o más o menos de lo que comunmente piensa ser.

Si la ciencia positiva es, por sí sola, la medida de lo verdadero y de lo posible, entonces el hombre es menos de lo que piensa ser. Porque la individualidad, la personalidad, la dignidad, el valor moral, el especial papel y el destino superior que persiste en atribuirse, están en contradicción, no solo con las conclusiones actuales sino también—lo que es más grave—con los principios, los métodos y el espíritu mismo de la ciencia positiva. Si la ciencia es el todo del verdadero conocimiento es preciso no ver en las ideas sobre que se apoya nuestra vida de hombres otra cosa que vanas

tradiciones, hijas de la ignorancia y el error de nuestros ancestrales.

Ahora, si la ciencia por sí sola no representa la medida de lo verdadero es preciso cesar de oponerla, como un juez de sentencia inapelable, al espíritu que quiere ser y obrar. Ciertamente: el espíritu sólo piensa avanzar de acuerdo con la ciencia. Pero, en último término, ¿qué es lo que la ciencia le impone?

El nudo de la cuestión estriba en la idea que pueda hacerse de las relaciones de la ciencia con el espíritu. La ciencia, expresión de la verdad, ¿es en sí un absoluto, un edificio terminado, algo que el espíritu solo puede considerar pasivamente desde afuera, y esforzarse en describirlo? En este caso sus postulados son para nosotros expresión última de la verdad; es decir, que estamos en el deber de considerar el determinismo mecánico y el hecho en bruto como los principios fundamentales del Ser. Toda noción, por lo tanto, que contradiga al mecanicismo debe ser tenida por ilusoria; y no sería difícil demostrar que están en ese caso todos los principios que dan su forma a la vida humana.

Pero la ciencia, sin duda, como el lenguaje, el arte, las leyes civiles, las religiones, puede ser considerada no como algo exterior al espíritu sino como una actividad del espíritu mismo, de tal modo que sus principios—hasta los más profundos—no puedan cobrar verdadera significación más que relacionados con el pensamiento que los instituye y los maneja. En este caso nada de rígido existirá acabado desde

la eternidad o para la eternidad, ni en la ciencia ni en las cosas. El espíritu es vida y creación. Si el determinismo científico es su obra, el determinismo aparece como un plasma cuya consistencia y cuyo oficio no son necesariamente inmutables. La transformación de la palabra viviente en un sistema muerto y acabado es lo que se llama Escolástica. La substitución del pensamiento activo por la Escolástica, o sea el pensamiento cristalizado por la enseñanza, se encuentra también en la naturaleza, como aplicación de la ley natural y general del hábito.

Pero, por eso, no es necesaria. El hombre puede mantener su actividad y su pujanza espiritual reaccionando contra la tendencia a la abdicación que exigen sus hábitos.

Aunque fascinado por la claridad y la utilidad de la ciencia, el espíritu humano tiende hoy a recordar que él es esencialmente vida, acción, esfuerzo hacia lo mejor, y a reintegrar, por lo tanto, la ciencia en esta vida interior de que procede. En otros términos: se tiende a libertarse del puro naturalismo y, apoyándose siempre en la naturaleza, a encontrar fines que la sobrepasen. ¿Pero a quién confiarse para determinarlos?

(Traduc. de B. T.)

(Concluirá)

Notas a la vida intelectual del mes

«*La ironía de Avellaneda*», por Juan Agustín García. — En la tarde del día 23 de este mes se realizó la primer sesión pública del año, de la Academia de Filosofía y Letras. Tocó al doctor Juan Agustín García hablar en esa reunión. Dió una conferencia sobre «la ironía de Avellaneda».

El conferenciante y el tema prometían de antemano una lección de interés. Y le tuvo, en cierto modo, porque fué una de esas conferencias que pudiéramos decir amables, para un auditorio mitad femenino y mitad muy favorablemente predispuesto. Pero el interés que esperábamos, no se dió.

Trató el doctor Juan Agustín García, primeramente, acerca de la ironía. Hizo a propósito de esta característica de la civilización, algunas consideraciones pasables, pero superficiales y viejas. Después leyó breves escritos de Avellaneda, en los que se refleja honda melancolía. Del tema, de la ironía de Avellaneda, no trató.—*L. S.*

Versos de Leopoldo Lugones. — El n° 980 de la revista «Caras y Caretas», trajo una nueva remesa de las poesías de Leopoldo Lugones que compondrán su anunciado «Libro de los paisajes». No son mejores estos versos que los que ya nos dió a conocer, en otras publicaciones, del mismo libro en ges-

tación. Son versos correctos en la forma, pero sin sentimiento, sin pensamiento, sin sensibilidad. Ni siquiera hay en ellos alguna de esas imágenes, siempre caprichosas, pero hermosas, muchas veces, que son el fuerte del señor Lugones. Como paisajes, no pintan nada, ni sugieren nada. Son versos hechos con palabras y no con alma.

Para las fiestas francesas del 14 de julio, el señor Lugones dió a conocer también una canción a Francia. La literatura patriótica lleva siempre en su esencia un sello de medianía. Pero dentro de esa medianía, que es defecto de origen, puede haber también algo que no sea vulgaridad. La canción del señor Lugones es vulgaridad completa. Construcción rudimentaria — con rimas tan espontáneas como estas: libres y vibres, — ritmo de sonsonete; la consabida alusión a la libertad y a la democracia de un lado y a la barbarie de otro; la no menos socorrida metáfora del cóndor de los Andes y sobre todo, la falta absoluta de pensamiento y de emoción. Tal la canción que a Francia, en la fiesta de sus libertades, dedica el señor Lugones.—*J. G.*

CUESTIONES ECONOMICO-FINANCIERAS

Instituto Popular de Conferencias. — Ha proseguido su labor durante el mes de julio el Instituto Popular de Conferencias, alta cátedra de cultura en la cual se estudian problemas de interés nacional y se proponen soluciones muy dignas de ser tomadas en cuenta por los que tienen la responsabilidad de la dirección en lo que atañe a la colectividad. No sólo han hablado allí hombres de investigación y de didáctica de entre lo que ya tiene la Argentina

sí que también, como Ruy Barboza y Ortega Gasset, representantes ponderados del pensamiento americano y europeo. Y así su obra, de múltiples dimensiones, ha venido dando al trabajo científico política eficacia sobre la masa social.

El día 7 el ingeniero Carlos María Morales dió una conferencia en que trató la evolución del edificio en Buenos Aires desde la colonia hasta nuestros días, anotando hechos y sentando observaciones que reducidos a uno, pueden sintetizarse así: Buenos Aires ofrece, al lado de algunas ciudades yanques, uno de los casos más asombrosos de rápido progreso.

Posteriormente, el instituto ha entrado a tratar cuestiones de orden económico-financiero. Los trabajos allí desarrollados significan, además, una voz de aliento para los poderes públicos, de los cuales uno, el Congreso, no sale aún de los debates políticos que sólo tienen incentivo para las agrupaciones banderizas. Y así, mientras el señor Teodoro Marco, ciudadano del comercio metropolitano, se ha pronunciado contra el proyecto de Banco de la República, originario del poder ejecutivo, y ha abogado por la reforma del Banco de la Nación Argentina, de manera que esta institución de crédito, que ya es poderosa y propulsa la acción de los demás bancos, pueda ser el sostén de toda la estructura económica y financiera del país; mientras eso se ha sostenido por un lado, el doctor Eleodoro Lobos en una conferencia en que consideró la cuestión en su remoto génesis local y en sus relaciones con los pueblos vecinos y con aquellos, lejanos, que pueden citarse como más adelantados, aconsejó: respecto por la Caja de Conversión, en cuyos caudales pa-

rece que alguien hubiera llegado a pensar para cubrir déficits de presupuestos; alejamiento del abuso del crédito, sobre todo en el extranjero; rechazo absoluto de la idea de emisiones inconvertibles; organización del crédito agrícola y economía general en los gastos para equilibrar recursos y egresos, es decir: todo un plan de gobierno fácil de llevar a la práctica si hay energías y orientación.

Museo Social Argentino. — Esta institución que también se ha incorporado con valioso aporte de estudios a la vida integral de la República, como otro punto de apoyo para la formación del nuevo espíritu universitario, ha ventilado en sus últimas asambleas, como de más palpitante actualidad, temas que se refieren al abaratamiento de la vida y a la regularización de las finanzas nacionales.

Las disertaciones de los señores Joaquín de Anchorena y Eduardo Ruiz Guiñazú acerca de abaratamiento, y de los señores Emilio Frers, Manuel Peña, Francisco J. Oliver y Norberto Piñero, sobre finanzas, han revestido positivo interés. Muy amplia en información fué también la conferencia en que el señor E. Uriburu trató la defensa de la producción nacional: refiriéndose a las perspectivas de la próxima cosecha, sostuvo que habrá grandes ventajas en movilizar desde luego el capital que ella representa y que en cuanto a proteccionismo, la mejor protección a las industrias nacionales será proporcionarles combustible barato, lo que implica para el Estado el deber de no paralizar la explotación del petróleo; y, por lo demás, apoyó conclusiones como ésta: que después de la guerra actual, el

grado de civilización de un pueblo habrá de medirse por el grado de solidaridad con que sus habitantes lleguen al fomento de sus industrias.—*J. R. F.*

El espíritu nuevo. — Si este libro que acaba de publicar el señor Julio Cruz Ghio llevase otro título, esta nota carecería de razón de ser. Hubiera bastado, entonces, con el lacónico acuse de recibo que reservan, para los libros malos, las personas bien educadas. Pero hay en su título, doblado de irreverencia, un agravio para la santidad del esfuerzo de las nuevas generaciones que con ser nuevas no son, ciertamente, todas las generaciones de hoy. Entre las que son de hoy, sin ser nuevas, figura el propio autor de este libro. El agravio estriba en querer cubrir viejas mercancías espirituales con la aparente robusta juventud que respira el epígrafe. «El espíritu nuevo»... Lo menos que puede esperarse después del título es una síntesis, más o menos perfecta, de las adquisiciones fundamentales del siglo en que vivimos. Que en el libro del señor Ghio no hay tal síntesis, ni esfuerzo hacia tal síntesis, ni el más leve fundamento para llegar a tal síntesis es lo que confirma plenamente su lectura donde se encuentra, incrustadas en retórica insoportable para cualquier lector de mediano buen gusto, proposiciones de esta especie: «Verdades son los hechos habituales del hombre»... (pág. 51), «Lo que mueve la humanidad es el cerebro»... (pág. 86), «La historia se esfuerza en perpetuar la incapacidad»... (pág. 90), «El mal de los hombres son los límites de la tierra que habitan»... (pág. 93), «La moral, que es la base de la filosofía, nació de la

lástima de hacer mal a los hombres» (pág. 97), etc., etc., etc.

A la oquedad irremediable de semejantes trivialidades pretende el autor, para colmo, unir el tono rebelde y la magistral actitud de todos los falsos sembradores de ideas. Y esto es lo intolerable. Porque el verdadero espíritu nuevo, tan calumniado en su libro por el señor Ghio, no siente — hoy y aquí — la necesidad de acabar con los malos escritores; pero sí siente, y muy honda, la necesidad de acabar con el enjambre de malos pastores.—L. T. V.

El ilusionismo en filosofía. — En el último número de la «Revista de filosofía» un señor Francisco R. Fernández escribe sobre «La voluntad a la vida». El señor Fernández está en el derecho de escribir sobre todo lo que quiera, pero nosotros estamos en el de desear, por lo menos, que escriba sobre aquello que conoce, dado que nunca es buena camisa la de once varas cuando sobra con una de seis. Titula el señor Fernández uno de sus capítulos, el tercero, «Filosofía ilusionista o filosofía biológica», en el cual vemos que, el «ilusionismo» (nombre con el cual califica a todo el movimiento espiritualista, en filosofía) «sin prueba científica, afirma su existencia y dominio (de la entidad espíritu), pero ignora su génesis; nadie columbra de dónde viene, y si bien no duda que sobrevive a la muerte destructora de la envoltura, no se aventura hasta medir la duración de su extraña inmortalidad. Además, ese espíritu posee en vida, y después de la muerte para los «espiritistas», poderes inmanentes para penetrar en la esencia de las cosas...» Y en otro lugar agrega: «Eso no nos impide desconocer

que existe ya una tendencia hacia la «fórmula viva» y que la literatura y el arte comienzan a orientarse hacia las fuentes de la filosofía biológica». ¿Con que comienzan a orientarse? ¡Y nosotros que pensábamos lo contrario! Porque «la fórmula viva» del señor Fernández en literatura no es otra cosa que el realismo, el «roman experimental», el cual, para nuestro comentado recién ahora «comienza». ¿Será por falta de información o por «ilusionismo» biológico? Porque, a este paso el señor Fernández es capaz, en próximo artículo, de hablarnos de Comte, y hacer notar que sus doctrinas también «comienzan a influir»... como no sea la influencia sobre el señor Fernández, que en ese caso no seguimos. —V. D. S.

Conferencias del poeta Urbina. — De su paso por nuestra ciudad, el poeta mejicano Luis G. Urbina deja, entre otros, el grato recuerdo de sus conferencias dadas en la Facultad de Filosofía y Letras. Trató en ellas de la literatura de su patria, desde los clásicos (Alarcón, Inés de la Cruz, etc.), hasta los modernos, Nervo y Díaz Mirón.

No fué su propósito otro que exponer las características de esa literatura, para dar de Méjico «otra idea que la de sus políticos, por un lado y la de las películas yankees, por otro». El público numeroso que se congregó a escuchar su palabra, supo premiar con franco aplauso labor tan modesta y tan digna.

«*La cuarta dimensión del espacio*», por Amado Nervo. — Las correspondencias del señor Amado Nervo, que periódicamente publica «*La Nación*», suelen ser, como las del señor Gómez Carrillo, triviales y fofas por extremo. Siempre el literato que parece pasar ante los múltiples y muy recios problemas de la cultura, con una ceguedad asombrosa. Sin embargo, el señor Amado Nervo ha querido ser también, por una vez siquiera, hombre de pensamiento y ha dedicado una de sus últimas correspondencias a un bien complejo y bien discutido problema científico; a este de la cuarta dimensión del espacio, que todos los matemáticos tocan, ya sea para refutarle o para salir en su apoyo y muy frecuentemente para demostrar que es problema infantil. No hubiera tratado la cuestión el señor Amado Nervo. Ni cultura sobre el tema, ni conciencia verdadera del problema ha demostrado tener. Un artículo cargado de puntos suspensivos. ¿Concibe el lector los puntos suspensivos en un escrito sobre matemáticas que quiere ser serio? Pero esto es un detalle. El problema es apasionador y merece que se trate de él con más tiempo y espacio. En el próximo cuaderno irá un estudio a propósito, de nuestro compañero del colegio, Benjamín Taborga.

«*Dotta ignoranza*», por E. Zuccarini. — El número del periódico «*La Patria degli Italiani*», correspondiente al día 23 de los corrientes, trae un artículo titulado «*Dotta ignoranza*», que firma el señor E. Zuccarini, periodista y profesor conocido. Refiérese el escrito a nuestro «*Discurso sobre el COLEGIO NOVECENTISTA*», el cual el señor Zuccarini

pone por los suelos. Cómo ahora el señor Zuccarini que no concurrió a nuestra primera reunión pública, conoció ese discurso, es lo que no sabemos. Los principales diarios de esta capital han dado noticia de él y han publicado resúmenes, algunos muy dignos, por cierto, y de ahí puede ser que le venga la información a nuestro crítico; pero nosotros no podemos hacernos responsables de esa información, por más que la apreciemos en todo lo que vale. Si, pues, el señor Zuccarini no tiene de nuestro discurso otro conocimiento que ése (y es el único posible en este caso), al escribir como ha escrito en son de crítica, ha cometido una ligereza. Una ligereza; no digamos una bien patente deshonestidad intelectual, de esas que al COLEGIO NOVECENTISTA han de dar que hacer, seguramente. Por ligereza pase, entonces, y que el señor Zuccarini, no tan malintencionado acaso como se muestra en su escrito, se entere de nuestro discurso, que va en otro lugar de este cuaderno. Luego, si gusta (nosotros sí gustamos), discutiremos; pero discutiremos sobre lo dicho y no sobre si los jóvenes que forman el COLEGIO NOVECENTISTA *lavorano, avendo dietro di loro i pretti, che si servono meravigliosamente di codesti tentacoli per menomare il valore della vera scienza e della Filosofia...*—J. G.

«*Voces fraternas*», por Belisario Roldán.—Hemos leído en «La Nación» del día 30 de Julio una composición poética titulada «*Voces fraternas*» y firmada por el señor Belisario Roldán. Como composición poética no vale nada. Cincuenta y seis renglones (versos) de ritmo fácil

y nada armonioso, cargados de adjetivos rimbombantes y despreciativos, bien encerraditos entre los signos de admiración; en fin, retórica pura y de la peorcita. Pero la composición tiene pensamiento, tiene médula. Como si el señor Roldán (es mera hipótesis) se sintiera molestado por «las babas que *le* lanzan y *le* lanzan», quiere decir todo el grande desprecio que le merecen los «envidiosos», y lo dice en metro:

¡Hay que tener el pensamiento fijo
 en lo que importa estar sobre la lidia:

 es aceptar el precio de la racha
 que levanta a los cielos su bajel,
 pues pagamos en cobre de covacha
 la emoción de llegar hasta el laurel;

No se dirá que no es generoso el señor Roldán. «Ha llegado hasta el laurel» (por Domingo de Ramos también los aldeanos se llegan hasta los laureles de sus majuelos); ha llegado hasta ahí y siente que le punzan, pero reconoce que es obligado soportar el babeo de los caracoles sin cuenca,

pues sólo prueba su babeo triste,
 donde hay menos calores que lamento,
 que aquella gloria en realidad existe
 y de los gritos se ha encargado el viento..

Hay pensamiento, entonces, y hay generosidad en este nuevo fruto de la inspiración del

señor Roldán. Pero, ¡cuidado, *praestantissime orator!*, que la oración pudiera ser vuelta por pasiva y resultar que ese babeo suyo es precisamente prueba inconcusa de que la gloria de sus «babosos» (¡quienes serán!) existe, y que de sus gritos se ha encargado... «La Nación», lo cual es lamentable por «La Nación» y por la decencia cultural.—L. M.

LA BARBARIE CULTURAL

En cajas ya la nota que antecede, sobre el artículo «Dotta ignoranza», del señor E. Zuccarini, leemos un segundo del mismo autor, provocado por una carta que nuestro compañero del colegio, Julio Noé, dirigió a ese periodista, a propósito de aquel primer escrito. En nuestra nota invitamos al señor Zuccarini a leer el discurso que comentó sin conocer, y lo hemos hecho — como se puede ver — del modo más amable posible, despreciando una bellísima ocasión para poner fácilmente en la picota a un señor, además de deshonesto intelectualmente, ignorante de cosas elementales en filosofía y con una perversidad de crítico, que le inhabilita para discutir con gentes, modestas todavía, por su escaso saber, pero ya conscientes del respeto que merecen los altos problemas de la cultura. Nos ofrecíamos también al señor Zuccarini para discutir — dialogar, diremos — con él, serenamente. Y, en verdad, después de leído este segundo escrito suyo no podemos sustentar la misma actitud de extremada humildad. Con el señor Zuccarini no podríamos discutir; primero, por su falta de probidad, demostrada con escribir dos largos artículos sobre algo que no conoce, y ponerse a hacer adivinanzas sobre posibles segundas intenciones de los miembros del COLEGIO NOVECENTISTA; y segundo, porque su punto de vista en cuestiones filosóficas es, aparte de

caótico, impreciso, contradictorio, un punto de vista tan elemental, que no sabe uno qué decir de él; es como si nosotros estuviéramos hablando de la excelsitud del «Quijote» y de pronto nos encontraríamos con que era necesario convencer a nuestro auditorio de que el «Quijote» era un obra que ya tenía fama por el mundo. Y para demostrar esto haremos una breve exégesis — todo será hacer demasiado — de los escritos del señor Zuccarini.

Hablábamos nosotros del espíritu creador y del razonamiento y de la ciencia. El señor Zuccarini comenta: «...che criterio filosofico si puó e si deve attribuire a colui... etc., se non comprende la cosa piú elementare della Filosofia cioè a dire che la "Scienza é il lavoro piú notevole della Ragione" e chi quindi risulta inutile, pleonastico, ammettere uno "spirito creatore" sopra la ragione e la scienza?»

Refiérese después el señor Zuccarini a nuestra crítica a la psicología científica, a la psiquiatría, a la sociología, a la frenología, y se pregunta el porqué de nuestra actitud. «Perché codeste scienze—responde en seguida—son quelle che, piú direttamente e risolutamente, hanno distrutto quello spirito creatore ch'era un'anomalia fuori della natura ed era una superfetazione situato sopra la ragione umana...» Sobre esta misma idea del espíritu creador dice poco más adelante: «Ma tutto ciò senza necessità d'intervento di un qualsiasi Spirito creatore, il quale é una semplice illusione della mente umana. E che triste illusione!»

Quiere entrar luego el señor Zuccarini a explicar porqué a nuestro compañero Julio Noé dijo que había ido a España y había vuelto de allí «cargado de metafísica», y—nosotros no sabemos con qué motivo—cita dos definiciones de Bergson sobre metafísica: «la metafísica é la scienza che vuol fare a meno di simboli»; l'oggetto della metafísica e di operare delle differenziazioni e delle integrazione qualitative». Ambas definiciones le parecen contradictorias; pero este buen señor Zucarini que habla

de la «dotta ignoranza» de los demás no sabe todavía que una es la metafísica en sí y otro el objeto de la metafísica.

A propósito de la palabra «rever», que Julio Noé puso en su discurso, el señor Zuccarini habla de la «moda sn la filosofia» y empieza a discurrir sobre los «che pensano e mutano di pensiero con l'ultimo sistema di Filosofia che corre per le reviste e per le sale di conferenze.» Si, ¡como que así, con tanta facilidad y cotidianamente se hace un nuevo sistema de filosofía! De aquí se puede colegir el concepto que el señor Zuccarini tiene de la filosofía.

Se trata luego de la biología y sus relaciones con la filosofía. Dice entonces el señor Zuccarini: «Vogliono i "novecentisti" che la biologia non abbia nulla a che fare e a che vedere negli affari della Filosofia, ma la Biologia, di per sé, non e la scienza della vita, che in meno di mezzo secolo non solo ha fatto dei progressi giganteschi, ma si e suddivisa in molte altre scienze? E com'è possibile fare a meno della Biologia, se la Filosofia e la scienza della vita del Pensiero, il quale, a sua volta, non può producirse senza il complesso sistema nervoso?»

Para convencer, a continuación, al lector, de que la «psicologia sperimentale spiega molti fenomeni psichici e che tutte le scienze si unificano nella Filosofia», cita, como quien está bien enterado de las cosas científicas, los «ultimi studi eseguiti sulle emozioni, nelle quali intervengono le glandole surrenali, l'andrenalina che esse secernono e la relazione che passa tra esse e il sistema del simpatico...» Y esto se llama haber oído campanas sin saber dónde, porque la función de las glándulas suprarrenales es un fenómeno estudiado bien fuera del campo de la psicología experimental; pertenece a la nueva rama de la ciencia médica, dicha Endocrinología o Doctrina de las secreciones internas. Además bien se adivina del modo de traer la cita, que el señor Zuccarini quiso a toda costa poner ahí dos o tres palabras no muy corrientes, «pour épater».

Finalmente; el señor Zuccarini alude a «i poltroni» que «desideranno riportare la Filosofia alla «Mantica»,

perché abbisogna molto tempo e moltissima fatica per correre dietro ai progressi delle scienze...» Pero esto sólo el señor Zuccarini que ha realizado numerosas y muy fructíferas investigaciones científicas y que se imagina a Zeller, a Cohen, a Boutroux, a Bergson, a Croce, a d'Ors ignorantes de las cosas de la ciencia; sólo él lo puede decir.

Y no seguimos la transcripción, porque no tenemos tiempo ni espacio. Creemos que con lo copiado basta para dar idea de la envergadura de filósofo y de hombre de ciencia del señor Zuccarini; filósofo y hombre de ciencia desde la redacción de un periódico. Otras cuestiones toca el señor Zuccarini, pero no creemos del caso tratarlas. Son ellas, por ejemplo, la de «la barbarie germánica», la de «las falacias de la religión», la de «que nosotros, los de este colegio, tenemos detrás nuestro a los curas», la de «que si el señor Ortega y Gasset — contra el cual parece tener una inquina muy personal — es o no más literato que filósofo», la de «si nosotros tenemos como sacerdote al mismo señor Gasset», cosa tonta, porque todos nosotros apreciamos en lo que vale al distinguido profesor español, pero ninguno lo tenemos por sacerdote máximo, ni a él le gustaría tampoco. En fin, la barbarie cultural a expensas de la libertad de prensa.—*José Gabriel.*
